EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

SERVIR PARA ALGO,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.—2.°
1876.

SERVIR PARA ALGO,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA la noche del 28 de Abril de 1876.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1876.

PERSONAJES.	ACTORES.
VIRGINIA...................	SRA. ALVAREZ DE HERNANDO.
PABLO.....................	SR. MAZA.
PASCUAL..................	SR. RODRIGUEZ.

ACTO ÚNICO.

La escena representa un bosque: en el centro un árbol; al pie suyo una piedra.

ESCENA PRIMERA.

La escena algunos momentos sola al levantarse el telon, bastante oscura é iluminada á intervalos por la luz de los relámpagos: cae lluvia fuertísima, se oyen grandes truenos: entra PABLO en mangas de camisa y dando muestras de cansancio y abatimiento.

Me desgarré la garganta
con tanto y tanto gritar
y ninguno me contesta
en tan triste soledad!
Ahogan los truenos mi voz,
la lluvia baña mi faz;
estoy aterrado, yerto,
rendido... ¡No puedo más!
(Se deja caer en la piedra.)
¡Qué naufragio tan horrible!
¡Qué terrible tempestad!
Por fin agarrado á un palo

la costa pude ganar. (Mira alrededor.)
¿Dónde estoy? ¡Sábelo Dios!
Esta tierra ¿qué será?
(Levantándose asustado.)
¡África! Palmeras veo.
Caribes habitarán
esos bosques y esas peñas!
¡Van á quererme almorzar
engalanado con conchas
y aderezado sin sal!
(Se coloca de espaldas al espectador.)
¿Cómo salir de este apuro?
Á la izquierda tengo el mar
y este bosque á la derecha.
Yo no entro... ¡fieras habrá!
Ni una casa, ni una choza,
ni de humo alguna espiral.
Si es una isla desierta
¡ay! qué solo voy á estar!
(Cesan los relámpagos.)
En esta piedra me subo
para poder observar.
(Se sube en una pequeña eminencia.)
El cielo empieza á aclararse
y ya amaina el temporal.
¿Qué veo? Una barca! Sí...
Es otro náufrago! El mar
contra esas peñas astillas
en sus furores la hará.
Es una mujer! Dios mio!
De fijo hermosa será.
¡Se la han tragado las olas!
Pero no, vuelve á asomar.
La arrojó sobre la playa
el furioso vendabal!
Corramos á socorrerla. (Se baja de la altura.)
Correr... ¡si no puedo andar!
Vamos, con una mujer
lo pasaré ménos mal. (Sale por la izquierda.)

ESCENA II.

VIRGINIA, PABLO.

Entran Pablo y Virginia por la izquierda, sosteniendo éste á aquella cogida por la cintura: Virginia viste traje de viaje, lleva el pelo suelto y un sombrero de paja en la mano.

PABLO. Vamos, tranquilícese,
en lugar seguro está.
Apóyese usted en mí
con entera libertad.
Por hermosa, señorita,
la respetó el huracan.
(¡Qué pie tan chiquito tiene!)
Ha sido un baño y no más,
y en España nos bañamos
sin gana y por moda.
VIRGINIA. (Suspirando.) Ah!
PABLO. En esta piedra sentada
algun descanso hallará.
¡Si yo pudiese ofrecerla
salon, estufa y divan!
Ay! esa piedra maldita
dura con usted será!
(La ayuda á sentarse en la piedra.)
¡Qué cintura tan flexible!
¡Qué talle tan ideal!
Se ha enriquecido este bosque
con una palmera más.
¿Se siente usted ya mejor?
¿Está mas tranquila?
VIRGINIA. (Desmayándose.) Ah!
PABLO. Se desmayó! Pobrecilla!
La fatiga... es natural...
Es preciso buscar agua
en el bosque... ¡ay! si me da
tanto miedo... En fin, valor,
valor, y vamos allá. (Sale por la derecha.)

ESCENA III.

VIRGINIA.

VIRGINIA. (Volviendo en sí.)
¿Dónde estoy? Sola me veo!
Dios mio! Esto no es soñar,
ni ilusion, ni pesadilla,
es la triste realidad.
(Se levanta.)
El hombre que me ha salvado
¿por qué se fué? dónde está?
¿por qué me ha dejado sola?
¡Ah! vuelve! Respiro ya!

ESCENA IV.

VIRGINIA, PABLO.

Entra Pablo precipitadamente por la derecha.

PABLO. Yo no me interno, señor;
vuelvo veloz como el rayo.
Ya volvió de su desmayo.
¿Cómo se encuentra?
VIRGINIA. Mejor.
Al fin me pude salvar
por usted tras tantas luchas.
¡Muchas gracias, muchas, muchas!
PABLO. Muchas me puede usted dar,
pues quien es raro portento
de gracia y belleza bien
puede darme gracias cien,
si aún la quedan otras ciento.
VIRGINIA. No se ha manchado mi traje. (Mirándose.)
PABLO. (Con galantería.)
Es que hasta el mar la respeta.
(Yo galante, ella coqueta,
aun en terreno salvaje.)
VIRGINIA. ¡Qué tempestad! ¡Qué furores
los del mar! Aunque se vieron
evitarse no pudieron

nuestros dos tristes vapores.

PABLO. Y como por ganar palma,
lanzados á la carrera,
se rompieron la caldera
y nos rompieron el alma!

VIRGINIA. ¡Yo en Roma pasé el estío!

PABLO. ¡Yo del Egipto volvía!

VIRGINIA. ¡Yo viajaba con mi tia! (Sollozando.)

PABLO. ¡Yo viajaba con mi tio! (Id.)

VIRGINIA. (Con tristeza.)
¡Pobre! La ví luchar sola
del mar con la horrible inquinia.
¡Adios! me dijo, Virginia!
y se la llevó una ola.
Tal vez será el ancho mar
ya su sepultura fria...
¡la infeliz que padecía
de un reuma articular!

PABLO. (Con dolor.)
Léjos de mí le ví yo
cual llevado por el diablo.
¡Adios! me dijo, adios, Pablo!
y en el mar despareció.
En su centro cristalino
tal vez ya tendrá cabida...
¡Y el infeliz que en su vida
no ha probado más que vino!

VIRGINIA. (Mirando alrededor.)
¡Y dónde estamos?

PABLO. No sé.

VIRGINIA. ¿No sabe usted? (Asustada.)

PABLO. No lo acierto.
Este es un país desierto.
Ni un alma viviente hallé.
Tal vez África... Millares
de palmeras he admirado
ó algun islote enclavado
en el centro de los mares.

VIRGINIA. Léjos del suelo español
¡Gran Dios! qué va á ser de mí!
¿qué vamos á hacer aquí?

PABLO. (Tranquilamente.)

Pues nada, tomar el sol.
Si no hay salida, paciencia.
Yo estoy á todo dispuesto.

VIRGINIA. ¡Los dos solos!

PABLO. Por supuesto.

VIRGINIA. ¡Eso es una inconveniencia!
¡La sociedad, la honra mia!
¡Que podrá pensar la gente!

PABLO. Llamaré á alguna serpiente
que nos haga compañía.

VIRGINIA. ¡Oh! no hable usted de ese modo.
Jamás mi tia creyó
verme así... ¡Pensar que yo
tengo la culpa de todo!
Á los hombres inspirarme
saludable antipatía
quiso Dios, pero mi tia
vivió empeñada en casarme;
y al verme adusta y uraña
en España con las gentes
buscando otros pretendientes
recorrimos tierra extraña.
Qué viajar! Vana quimera!
Todos me parecen mal.
Aún no ha nacido un mortal
por quien Virginia se muera,
pues de nadie enamorada,
léjos de tanto importuno,
quiero vivir sin ninguno
para morir descansada.

PABLO. Yo tambien quise viajar
buscando mi dulce bien,
pero el alma adora á cien
y no le puedo encontrar.
Inglesas, chinas ó nubias,
todas me parecen buenas:
las morenas por morenas,
las rubias porque son rubias.
Todas por igual merecen
latidos al corazon:
las altas porque lo son,
las pequeñas por si crecen.

Yo de ellas corro detrás
por celebrar mi himeneo...
Siempre la última que veo
es la que me gusta más.
De esta suerte la fortuna
quiere dilatar mis bodas,
pues como me gustan todas
no puedo enlazarme á una.
Hoy al fin mi amor la halló.

VIRGINIA. Al fin la halló? (Con extrañeza.)

PABLO. Sí en verdad.
He encontrado mi mitad
y usted tambien la encontró.

VIRGINIA. ¡Qué absurdo, qué villanía!

PABLO. ¿Y de aquí cómo salir?
Juntos hemos de vivir...
yo la ofrezco el alma mia.

VIRGINIA. ¿Qué dice usted? Suerte fiera!
De un amor tan sólo en pos,
ante el mundo y ante Dios
yo me uniré con quien quiera.

PABLO. Yo soy un hombre formal
y honrada es el alma mia;
mas ¡ay! si la vicaría
no tiene aquí sucursal.

VIRGINIA. (Sin oir lo que dice.)
Así dejaré mis lares
y al altar le seguiré.

PABLO. ¿Ir á un templo? En él se ve.
Aquí hay iglesia y altares.
¿Ese bosque colosal (Solemnemente.)
de palmeras, desde el suelo
no se levanta hasta el cielo
cual gótica catedral?
¿No es bóveda sin ejemplo
ese firmamento azul,
bóveda de hermoso tul,
digna de ese hermoso templo?
¿En tal bóveda colgadas,
tan tranquilas como bellas,
no brillan más las estrellas
que las lámparas sagradas?

¿El incienso que en loores
de Dios la piedad consume,
puede luchar en perfume
con esas mágicas flores?
¿Y quién mejor al sonar,
de Dios hará apología:
del órgano la armonía
ó los rugidos del mar?
Será, pues; no se alborote:
la luz este templo baña;
el altar es la montaña,
el sol nuestro sacerdote;
usted su mano me da,
yo el corazon la abandono;
Dios mismo desde su trono
la fiesta presidirá;
y en vez de tanta parlera
parienta y tanto allegado,
tendremos por convidado
la naturaleza entera!

VIRGINIA. Nunca! Yo hallaré camino
para salir.

PABLO. No lo espere.
La fatalidad lo quiere,
cúmplase nuestro destino.

VIRGINIA. No, no es posible! Yo corro,
yo buscaré... yo hallaré...
En la playa gritaré
y álguien nos dará socorro.
(Sale corriendo por la izquierda.)

ESCENA V.

PABLO.

Vé, corre, no te detengo,
pronto volverás aquí.
Dios aquí nos ha encerrado...
resignacion y á vivir.
Resignarme harto me cuesta,
que soy hombre muy civil,
y con el claque bajo el brazo

veintidos años viví;
pero aunque odio lo silvestre
y huyo de lo pastoril,
me resigno á ser pastor
pues pastora tengo aquí.
En el tronco de algun árbol
la construiré un camarin;
tendré el cabello hasta acá,
y las barbas hasta aquí;
y si un dia nos recoge
un vapor ó un bergantin,
de este lugar de desgracia
tan otro voy á salir,
que ni aquel que me engendró
podrá conocerme á mí.

ESCENA VI.

PABLO, VIRGINIA.

VIRGINIA. (Entra por la izquierda abatida y triste.)
¡Nadie, nadie! En vano ha sido
que mi voz furiosa vibre!
¡Encerrada al aire libre
con un ser desconocido!
Mas no se aleje de mí.
Me resigno al hado fiero.
Usted venció, caballero. (Llora amargamente.)
PABLO. Ah! no llore usted así!
VIRGINIA. En esta horrible mansion
¿cómo vivir? diga usté?
PABLO. Eso es lo que yo no sé.
¡Aquí los apuros son!
VIRGINIA. El cielo aquí nos ha unido:
instalarse es lo primero.
Cumpla usted, pues, caballero,
con su deber de marido.
PABLO. Marido! Bendigo al mar
que juntos nos trajo aquí!
VIRGINIA. Usté es mi marido!
PABLO. (Con entusiasmo.) Sí!
VIRGIÑIA. (Con naturalidad.)

Pues deme usted de almorzar.

PABLO. Almorzar! Aquí no hay hornos,
ni una mala pupilera,
ni un café... ¡Si yo pudiera
mandar un recado á Fornos!

VIRGINIA. Busque usted.

PABLO. ¿Dónde encontrar?

VIRGINIA. Algo ligero... eso quiero.

PABLO. Sí señora, y tan ligero:
aire vamos á tomar.

VIRGINIA. Mil conchas holló mi pie
entre arenas y pedriscos;
¿se comen esos mariscos?
¿lo sabe usted?

PABLO. No lo sé.

VIRGINIA. Y esa avecilla canora
que salta de rama en rama
con cien más, ¿cómo se llama?
¿se come?

PABLO. No sé, señora.
(¡Qué hambre se la despertó!)

VIRGINIA. ¡Qué cosa tan esencial
es la historia natural!
¿No la sabe usted?

PABLO. Yo no.

VIRGINIA. ¿Podremos pescar?

PABLO. ¿Con qué?
Yo pesco en terreno enjuto.

VIRGINIA. ¿Dan ya esas palmeras fruto?
¿Lo sabe usted?

PABLO. No lo sé.

VIRGINIA. ¡Qué uniforme contestar!
Más ignorancia no cabe.
Hombre, ¿usted qué es lo que sabe?

PABLO. ¿Yo?... Sé jugar al billar,
sé jugar de varios modos
y de un modo que enamora.

VIRGINIA. ¿Y nada más?

PABLO. Sí, señora;
los juegos los sé yo todos:
en el golfo no estoy lego
y nadie más ducho está

en la banca.

VIRGINIA. Basta ya,
que esto no es cosa de juego!
¡De sed estoy abrasada!
¿Hay agua dulce?

PABLO. No sé.
(Acercándose á ella con mucha galantería.)
Ay! en probándola usté
de dulce se hará salada.

VIRGINIA. Silba el aire con furor,
vuelve el nublado... Dios mio!
Dios mio! yo tengo frio!

PABLO. Y yo á su lado calor.
De dulce calor disfruto
viendo luces y colores...

VIRGINIA. Hombre, basta ya de flores (Impaciente.)
y deme usted algun fruto.
¡Aquí cómo descansar
sin una triste techumbre!
Es necesario hacer lumbre,
porque nos vamos á helar.
¡Pronto, pronto!

PABLO. (Azorado.) Señorita,
se hará, puesto que se empeña.

VIRGINIA. De ese árbol corte usted leña,
de esa rama, que es bajita.
(Pablo se agarra á una rama y hace esfuerzos para arrancarla.)
Vamos, ¿se va desgajando?

PABLO. Aún no.

VIRGINIA. Ceder se la ve.
¡Tire usté, hombre, tire usté!

PABLO. ¡Señora, ya estoy tirando!
(Pablo redobla sus esfuerzos.)

VIRGINIA. ¡Muy bien... muy bien... ahora... ahora!

PABLO. Ay! yo sudo, yo me muero!

VIRGINIA. ¿No acaba usted, caballero?

PABLO. ¡Yo no puedo más, señora! (Suelta la rama.)
Me estoy ahogando de tos.
Inútil mi esfuerzo es.
Dejemos las cosas, pues,
en donde las puso Dios.

No tengo fuerzas. Dios me hizo
así. Ya estoy agotado.
¡Si hasta hoy me he alimentado
con pasteles del Suizo!

VIRGINIA. Señor mio, bien se vé,
es usted en todo lego.
Aquí no hay agua, ni fuego...
¿Qué hora será?

PABLO. No lo sé.
Perdí con el mar luchando
mi reloj.

VIRGINIA. (Señala al cielo.) Otro hay allí.
Mire usted al sol.

PABLO. ¿Yo?

VIRGINIA. Sí.

PABLO. (Contemplándola.) Al sol? Ya le estoy mirando.

VIRGINIA. Señor, ¡es mucho trabajo!
¡Con tal hombre presa yo!
Mire usté al de arriba.

PABLO. (Suspirando.) Ay, no!
Me gusta más el de abajo.

VIRGINIA. Mírele usted, y él la hora
le dirá exacta del dia.
En sabiendo astronomía...
¿la sabe usted?

PABLO. No señora.

VIRGINIA. Todo lo ignora, señor.
¿Qué le han enseñado á usté?
¿Usted qué sabe? (Irritada.)

PABLO. Yo sé
tan sólo hacer el amor.
En mirando un rostro bello
mi alma gime enamorada.

VIRGINIA. ¡No sirve usted para nada!

PABLO. (Con profundo convencimiento.)
Estoy convencido de ello.

VIRGINIA. (Con fuego.)
¿Es decir que se olvidó
usted de un deber sagrado,
y en su dinero fiado
nada de nada aprendió?
¡Gozar en la sociedad

quiso y tirar su fortuna,
y ser en el mundo una
preciosa inutilidad!
¡Y que era un hombre olvidando,
y eterno su oro creyendo,
pasar los dias durmiendo,
pasar las noches jugando!
¿Y si un dia, caso ya
vulgar en el mundo artero,
su acumulado dinero
de las manos se le va?
¿Y si en un momento amargo
llega la triste pobreza
á despertar su pereza
de los brazos del letargo?
¿Y si á su voz inclementes,
de su desgracia testigos,
le abandonan los amigos
y le olvidan los parientes;
y sin saber cómo fué,
como les sucede á ciento,
de ser un hombre opulento
en la miseria se ve?...
Solo! Téngalo por cierto,
que es la miseria en la vida
un desierto sin salida
lo mismo que este desierto!
¿Qué hará, si seres humanos
no le ayudan en enjambre?
¿Qué hará? Morirse de hambre
teniendo cabeza y manos!
(Pablo, confundido, da vueltas por la escena.)

PABLO. Es necesario ingeniarse.
¿Cómo saldremos del paso?
(Aproximándose á Virginia con mucha dulzura.)
¡No se apure usted!

VIRGINIA. No, el caso,
señor, no es para apurarse.
Pablo! (Con energía.)

PABLO. ¿Qué hay?

VIRGINIA. Lo he decidido.
No me es posible esperar.

Yo necesito almorzar.
Cumpla usted cual buen marido.
¡El almuerzo... pronto! (Impaciente.)

PABLO. (Aturdido.) Voy.
(Pablo vuelve á recorrer la escena.)
¡Morirse de inanicion
ese ángel de bendicion!
(Desaparece entre los árboles y á poco vuelve.)
Ah! nos salvamos por hoy!
(Presentando á Virginia un nido con aire de triunfo.)
El almuerzo, señorita!!

VIRGINIA. Qué me trae usted? (Con extrañeza.)

PABLO. Un nido.
Junto á un árbol le he cogido.
¡El corazon me palpita!
De una paloma salvaje
huevos son. ¡Podré almorzar!
(Á Virginia tranquilamente.)
Á usted la toca guisar:
yo las provisiones traje.

VIRGINIA. ¡Yo debo guisar! (Ofendida.)

PABLO. Si á fe.

VIRGINIA. Guisar yo! Cómo se entiende!

PABLO. Pues es claro.

VIRGINIA. Usted me ofende...

PABLO. ¿Usted no sabe?

VIRGINIA. No sé.

PABLO. Yo me voy á dar al diablo.
Trás esfuerzos infinitos.
Señora... ¡unos huevos fritos!

VIRGINIA. Yo no sé, yo no sé, Pablo.

PABLO. ¿Quiere usted volverme loco?
Pasados por agua. Dos
para dos.

VIRGINIA. No sé.

PABLO. Por Dios!
¡Cocidos! (Angustiado.)

VIRGINIA. No sé tampoco.

PABLO. Guisados! (Desesperado.)

VIRGINIA. Inútil es.
De esas cosas no aprendí.

¡Ay! si yo tuviese aquí
mi cocinero francés!

PABLO. Crudos ¿quien los come?... Quiá!
Yo los estrello! (Los tira.) Maldita
suerte! ¿Y á usted, señorita, (Irritado.)
que la enseñó su mamá?
¡Brillar en doradas salas
con lujosa ostentacion!

VIRGINIA. Basta, señor mio, son
siempre las parodias malas.
¡Me siento desfallecida,
estoy febril, desvarío!
¡Morirse de hambre ¡Dios mio!
en la fuerza de la vida!
¡Morirse de hambre y de sed!
¡Dos muertes!

PABLO. Basta con una.
No morirá de ninguna.
Yo se lo prometo á usted.
Tal vez seremos felices.
Dios probarnos se promete.
¡Mi amor la ofrece un banquete
de yerbas y de raíces!

VIRGINIA. ¿Soy yo un animal? Me ultraja!

PABLO. ¡Gran Dios! Si animal yo fuese!...

VIRGINIA. ¿Qué hiciera usted?

PABLO. Me comiese
ese sombrero de paja!
¡Si yo fuese fiera!

VIRGINIA. (Asustada.) Ay! Dios!
Van con la noche á venir
las fieras!

PABLO. ¡Qué porvenir!

VIRGINIA. ¡Nos comerán á los dos!

PABLO. ¿Á los dos? Quién fuese fiera!
Usté es bocado esquisito.

VIRGINIA. Para ahuyentarlas, Pablito,
hay que encender una hoguera
Van á venir en tropel!
En el bosque leña habrá,
leña muerta.

PABLO. (Resignado.) Voy allá.

¡Ahora mozo de cordel! (Sale por la derecha.)

ESCENA VII.

VIRGINIA.

VIRGINIA. (Con mucha amargura.)
¡Adios, mansion de placeres,
Madrid, recinto de amores,
colmena de tantos seres,
nido de hermosas mujeres
y canastillo de flores!
¡Adios, hermoso Retiro,
donde en caprichoso giro
pisamos césped menudo,
para cambiar un saludo
ó recojer un suspiro!
¡Adios, teatro Real,
terror de tantos cantantes,
centro de tanto mortal,
piedra de tantos cambiantes,
estufa de oro y cristal!
¡Adios, música que vale,
que allí á todos nos concentra,
que, aunque allí sólo se encuentra,
por un oido nos sale,
si por el otro nos entra!
¡Adios casa y adios techo
pintado, y adios cornisa
y adios mi dorado lecho!
¡Un ¡ay! os manda mi pecho
en las alas de la brisa!

ESCENA VIII.

VIRGINIA, PABLO.

Entra Pablo con un brazado de leña, que deja caer de golpe y hace grandes demostraciones de fatiga.

PABLO. Aquí estoy. Sudo á placer.

¡Vaya un oficio molesto!
Y yo que pensaba que esto
tendría poco que hacer.
Sus órdenes he cumplido,
y en esas matas vecinas
me he clavado tres espinas
y dos bichos me han mordido.
Otra vez mejor lo haré;
todo es cuestion de costumbre.

VIRGINIA. Vamos, encienda usted lumbre.

PABLO. ¿Qué encienda lumbre? Y con qué?

VIRGINIA. Busque un medio... Discurriendo
podrá salir adelante.

PABLO. (Muy afligido.)
¡Ay! fósforos de Cascante
¡qué falta me estais haciendo!
oh! luz sublime del gas!

VIRGINIA. ¿No halla usted?...

PABLO. Ni por asomo.

VIRGINIA. ¿No enciende usted? (Impaciente.)

PABLO. Pero ¿cómo?
¡Si no hice lumbre jamás!

VIRGINIA. Encienda usted ¡qué pesado!
como los salvajes.

PABLO. (Con dignidad.) Oh!
pero señora, si yo
soy hombre civilizado.

VIRGINIA. ¿Se niega usted?

PABLO. No me niego.

VIRGINIA. ¿Quiere usted desesperarme?

PABLO. Si usted quisiera prestarme
sus ojos para hacer fuego.

VIRGINIA. (Irritada.) ¿Esas tenemos ahora!
¡Otra vez empieza usté!

PABLO. Claro, si yo sólo sé
hacer el amor, señora.
Se lo advertí, se lo advierto,
y me asombra que se asombre.

VIRGINIA. Amigo, es usted un hombre
precioso para un desierto.
Reconocerlo así es justo.

PABLO. Pero si yo me he educado

para vivir en poblado,
y no vine aquí por gusto.

VIRGINIA. (Con abatimiento.)
Basta! Escucharle me altera.
Hablando el tiempo perdemos.
De brazos nos cruzaremos
y sea lo que Dios quiera.
Yo empiezo á sentirme mal.

PABLO. Virginia! (Apurado.)

VIRGINIA. Siento latidos
en las sienes y vahidos,
y tengo un frio mortal.
Sangre mi frente colora
y mi cabeza se inclina.
¿Usted sabe medicina?

PABLO. Yo qué he de saber, señora.

VIRGINIA. Mi pobre cabeza arde;
punzadas siento en la frente.
Se hunde el sol en occidente.
¡Si moriré con la tarde!
(Se deja caer en la piedra.)

PABLO. Oh! momento de ansiedad!
¡Se muere de hambre y de sed!
¡Por Dios, no se muera usted!
¿Se muere usted de verdad?
Me colgaré de un bambú
si usted me abandona aquí!

VIRGINIA. (Con dulzura.)
Ven, Pablo, acércate á mí.

PABLO. (Con alegría.)
Qué gusto! Me habla de tú!
(Corriendo á ella.)

VIRGINIA. Ven pronto. Temo morir;
socorro de nadie espero,
y en este instante postrero
mi secreto vas á oir. (Con melancolía.)
Busqué en vano en todo el mundo
el hombre con quien soñé,
y en tí, Pablo, le encontré
de un desierto en lo profundo.
Cual yo las cosas comprendes,
y cual tú yo las comprendo,

y cual tú de nada entiendo,
y cual yo de nada entiendes.
Iguales nos hizo Dios
para que juntos viviéramos,
y en verdad felices fuéramos
viviendo juntos los dos.
Tú recostado en el coche,
yo en el coche recostada,
y los dos sin hacer nada
de la mañana á la noche.
Siempre en reposo profundo
vivir vida de placeres,
como dos dichosos séres
inútiles en el mundo!
(Pablo cae de rodillas á sus piés.)

PABLO. Yo no quiero que te mueras!
¡Virginia, Virginia mia!
¿Qué hacer? Á quién llamaría?
¡Ahora sí que va de veras!
Servir de algo... ¡qué ventura!
Yo quisiera ser doctor,
boticario, sangrador,
y si al fin te mueres, cura!

VIRGINIA. Cálmese tu triste lloro.

PABLO. ¡Gran Dios! Sentir pasos creo!
¡Álzate, huyamos!... Qué veo!
(Se refugian en un extremo de la escena.)
¡Somos perdidos! ¡Un moro!

ESCENA IX.

DICHOS, PASCUAL.

Entra Pascual por la derecha con traje valenciano.

PASCUAL. (Si serán...) Ustedes son?...
(Los examina.)

VIRGINIA. (Corriendo á él.)
¡Árabe, turco, piedad!

PABLO. ¡Socorro, hospitalidad!

VIRGINIA. ¡Misericordia, perdon!

PASCUAL. (Con asombro.)
¿Qué es lo que dicen de mí?

Pues no ven que hablo cristiano!
VIRGINIA. Pablo, si es un valenciano!
PASCUAL. Vaya, desde que nací.
PABLO. Mas ¿cómo el bosque cruzó?
no hay fieras? no hay qué temer?
PALCUAL. Ahí no hay más que mi mujer,
mis cuatro chicos y yo.
PABLO. ¡Le manda la Providencia!
PASCUAL. ¿De qué esta gente se extraña?
PABLO. ¿Dónde estamos?
PASCUAL. En España,
á seis leguas de Valencia.
Ahí está la costa, ahí.
(Señalando á la izquierda.)
¡Qué temporal!
PABLO. Ya lo creo.
PASCUAL. Ustedes á lo que veo
¿son tambien náufragos?
VIRGINIA. Sí.
PASCUAL. Me alegro
PABLO. Hombre!
PASCUAL. Claro está.
Así las penas se acaban.
Ustedes sólo faltaban.
Todos se han salvado.
PABLO y VIRGINIA. (Con gran alegría.) ¡Ah!
PASCUAL. Hemos luchado con bríos.
VIRGINIA. ¡Demos al cielo mercedes!
PASCUAL. Vengo á buscarlos á ustedes
por mandado de sus tios.
En casa quedan tal cual.
Su tia... ¡pobre señora!
ahí está llora que llora.
—Corre, sálvala, Pascual;
ya se habrá ahogado, decía.
¡Tan hermosa, tan discreta,
tan útil... en fin, completa!
VIRGINIA. Vamos, cosas de la tia.
PABLO. ¿Y mi tio?
PASCUAL. Firme y frio.
—Mi sobrino se ha salvado,
me dijo. ¡Es tan arrojado!

PABLO. Vamos, sí, cosas del tio.
PASCUAL. Conque á mi casa: Pascual
les invita... y Magdalena.
Ya nos espera la cena.
PABLO. ¡La cena! (Entusiasmado.)
VIRGINIA. (Suspirando.) No viene mal.
PASCUAL. Sí señores, vamos presto.
Aunque es muy pobre mi casa,
la provision no es escasa
y ya está todo dispuesto.
Mil abejas en tropel
me labran bello panal:
yo no las cuido muy mal,
y en mi pobre casa hay miel.
Vacas tengo en la dehesa,
dos no más... ¡pobre he nacido!
yo como puedo las cuido
y hay leche en mi pobre mesa.
En un terruño vecino
logré plantar un viñedo;
yo le cuido como puedo,
y en mi pobre casa hay vino.
En fin, trabajo á destajo
por la noche y por el dia,
y hay en mi casa alegría,
consecuencia del trabajo.
Trabajar es en nosotros
deber de naturaleza:
los unos con la cabeza,
y con las manos los otros.
El pobre como el hidalgo...
Yo en la experiencia me fundo.
Todo el mundo en este mundo
debe SERVIR PARA ALGO.

CAE EL TELON.

...ir= Lo oyes? lo quiso la suerte.
Para mi no hay compromiso
Servir para algo es preciso
Yo sirvo para quererte.

tan imparcial como hidalgo.
di si servirían para algo
los actores y el autor.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que correspond

ZARZUELAS.

fresco de Jordan..................	1	S. María Granés....	Libro.
Marsellés.........................	1	Granés............	»
Paz........	1	R. Puente y Brañas...	Libro.
na conspiracion....................	1	D. M. Genaro Rentero...	Libro.
la fuerza ahorcan.................	3	Sres. Vizc.ª y Bengoech.	L. y M.
os damas para un galan............	3	Zumel y Nieto......	L. y M.
ntre el alcalde y el rey..............	3	G. Nuñez de Arce....	Libro.
a Marsellesa.......................	3	M. Ferndz. Caballero.	Música

NOTA. Han pasado á la administracion de esta Galería todas las bras de la titulada *El Teatro Económico*, propiedad de los Sres. Don . Llorente y D. Cárlos Borghini; y dejado de pertenecer la música de zarzuela en un acto *Als Lladres*, de D. Benito Monfort.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9, y de los Sres. *Hijos de Fé*, Jacometrezo, número 44, y de *Duran*, Carrera de San Gerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.